

Poco antes de las diez de la mañana, se escucharon ciento un cañonazos, repiques á vuelo en todos los campanarios de la ciudad y el ruido de los cohetes, anunciando que el tren imperial había llegado á la estación del ferrocarril, donde el Ayuntamiento recibió á los Emperadores y les entregó las llaves de la ciudad el prefecto D. Miguel M. Azcárate. Allí tendió Maximiliano la diestra al general Mejía; pero encabritado el caballo una y otra vez, impidió al general acercarse.

Habiendo montado los Emperadores en magnífica carretela tirada por seis caballos, se colocaron al lado derecho los generales Bazaine y Woll y al izquierdo el general Salas; la comitiva se dirigió á la Catedral, precediéndola en lujosas carretelas el Ayuntamiento, los dos prefectos, el conde de Zichy, la princesa de Metternich y la condesa de Kollonitz, el general Almonte y el Estado Mayor á caballo. Sobre la carroza de los Emperadores caía una lluvia de versos y flores arrojados de las azoteas y balcones, y sin cesar atronaban el aire los vivas á los monarcas que saludaban á la multitud; cerraba la marcha un cuerpo de policía á caballo y otro á pie, la artillería imperial francesa y grupos del pueblo con músicas y banderas en las que se leía: «Loor eterno á los Soberanos de México.» Frente al Colegio de Minería les entregó un niño una composición poética. Al llegar al arco de la Paz, los niños del Hospicio de Pobres cantaron un himno ensayado para esa ocasión. En la tercera calle de San Francisco, el Club alemán, saludó á Sus Magestades en el idioma nativo y en el atrio de la Profesa la comisión de Michoacán los obsequió con un himno, cuya letra perteneció al joven Tirso R. Córdoba. En el atrio de la Catedral los recibieron, el Arzobispo

En el arco de las Flores:

Leve el vapor y el viento sosegado,
Tranquila calma las tormentas doma,
Que ya el «Novara» en el Oriente asoma
Y de esperanza y paz viene cargado.

Por Aguilas potentes escoltado
Firmeza el ancla entre peñascos toma,
Y el ángel que nos trae, por el aroma
Que embalsama la brisa es anunciado.

Al estallido del cañón sonoro
Corre en tropel la gente mexicana,
Que deslumbrada con los rizos de oro

De una beldad bajo la forma humana,
Grita de gozo: «Ella es, nuestro tesoro,
Es Carlota, la augusta Soberana.»

En la glorieta levantada por el «Departamento de Guanajuato»:

Ricas galas ostenta Natura,
Nuevas flores adornan el suelo,
Muchos iris se ven en el cielo
Que saludan tan justa ovación.

Cuadro tierno de unión y hermosura
Que revela de Dios la existencia,
¡Cómo brilla su augusta clemencia!
En el trono que da á la Nación!

Ataviado de espléndidos colores,
Radiante asoma el sol, en luz fecundo,
Y vida cobra el anchuroso mundo
Al sentir sus benéficos fulgores.

El monte, el prado, las fragantes flores,
El matizado valle, el mar profundo,
Al descubrir al astro rutilante,
En coro elevan místicos loores.

Así hoy, un sol de celestial consuelo,
En este Imperio aparecer se nota
Vertiendo dicha y ahuyentando el duelo;

Al verlo, en el alma el entusiasmo brota
Y el pueblo exclama con ardiente anhelo:
«Salve á la augusta Emperatriz Carlota.»

En la puerta de la Catedral:

De la más pura y plácida alegría
Animado el Cabildo mexicano,
A este templo introduce en este día
Al grande Emperador Maximiliano.

De virtudes altísimo modelo,
Entra á este templo en actitud devota
Para elevar su corazón al cielo,
La muy ilustre Emperatriz Carlota.



Carlos Schaffer

Teniente coronel de la Guardia Palatina.

de México y los demás arzobispos, obispos y todo el clero de la capital, bajo de pabullo; atravesaron la puerta central adornada con un arco tejido con flores encarnadas, blancas y amarillas por los indígenas de Xochimilco; entraron al templo profusamente iluminado y adornado, y ocuparon el trono en el presbiterio. Después del *Te Deum*, al cual tuvieron acceso solamente los que llevaban boleta, se dirigió la comitiva á Palacio, donde los monarcas recibieron las felicitaciones del general Bazaine, del Arzobispo Sr. Labastida, de los generales mexicanos, prefecto político, jefes de las oficinas, claustro de doctores, colegio de San Ildefonso y caballeros de la Orden de Guadalupe, representados por el general D. Tomás Mejía; llamados todos con arreglo á la etiqueta. Contestó Maximiliano á las felicitaciones leyendo un discurso corto con voz clara y sonora. Vestía uniforme de militar y llevaba sombrero montado de general mexicano y las insignias de Gran Maestro de la Orden de Guadalupe.

A las cuatro y media de la tarde salían los monarcas á pasear en carretela abierta; precedidos del Gran Mariscal de la Corte y seguidos de una pequeña escolta llegaron hasta San Cosme. Porción de individuos cabalgando en briosos corceles cortejaban el carruaje imperial, y en todas partes por donde transitaba la comitiva, se agrupó la gente en calles y plazas, balcones y azoteas, desde donde arrojaban flores, listones y versos, saludando con los pañuelos, las manos y sombreros, á la vez que gritaban aclamando á los recién llegados.

Un recio aguacero calmó en parte el entusiasmo de los vítores preparados, que por diversos rumbos recorrían la ciudad, con músicas y carros triunfales, y á la vez descompuso el aparato grandioso de los fuegos artificiales ya levantado en la plaza de Armas; así como los preparativos de la iluminación que, á pesar de ese incidente fué esmerada en todos los edificios públicos, excepto en la Diputación, y en algunas casas de particulares.

Los fuegos artificiales comenzaron á las nueve y media de la noche, después que hubo terminado en Palacio el banquete de cuarenta cubiertos. La señal para que empezara la diversión partió de la Emperatriz, quien dispuso se arrojara desde el balcón principal hasta el centro del aparato pirotécnico, un cohete co-

Vuestra gloriosa y merecida fama
Primer hombre de América os proclama.

—
La aurora de la paz brilló en el cielo:
Águila entumecida emprende el vuelo.

—
El grande, el inmortal Maximiliano
Dejó de ser austriaco; es mexicano.

—
Simboliza, Señor, vuestra presencia
La Religión, la Paz, la Independencia.

Ya sois nuestra anhelada Soberana;
Ya, excelsa Emperatriz, sois mexicana.

—
A. Pardo y Mangino.

—
Dechado de bondad, flor de belleza,
Que otra patria dejaste y otro cielo
Para dar al pueblo que á adorarte empieza,
Gloria su dicha, en su dolor consuelo;
Si la voz general llega á tu alteza,
Duplicará tu cariñoso anhelo,
Que la nación que ensangrentaba el odio
Te proclama desde hoy su ángel custodio.

—
J. M. Roa Bárcena.